

Historiografía crítica. Trazando un campo heterogéneo

Silvia Pappe

Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco

Resumen

A partir de algunas características de la historiografía crítica que reaparecen de distinta forma a lo largo del tiempo, este ensayo explora los trabajos y discusiones realizados en el marco del Posgrado en Historiografía de la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco. Estas características operan como líneas que se entrecruzan, generando las condiciones de posibilidad para formar un campo de conocimiento. Para ello, la presencia de debates y controversias, la elaboración e integración de nuevos objetos de estudio, la reflexión en torno a cambiantes estrategias de los procesos de investigación, enseñanza y aprendizaje, son factores indispensables.

A lo largo de una experiencia que dura ya tres décadas, las reflexiones y las investigaciones acerca de cómo se transforma el campo de conocimiento de la historiografía han marcado su principal característica: su historicidad. No ha sido nunca sencillo describir las particularidades de este campo abierto y heterogéneo. Pero en resumidas cuentas, lo que hacemos es observar críticamente observaciones en torno al pasado, representadas mediante diversos tipos de discursos tanto verbales como visuales y objetuales. Los análisis de interpretaciones, mediaciones, recepciones y significaciones ofrecen nuevos conocimientos, a veces sorprendentes, acerca de lo que los muchos y muy diversos pasados significan para las sociedades en cada momento.

Palabras clave: Historiografía crítica, historicidad, representación, mediación.

Introducción

En la clausura del XIV Encuentro Internacional de Historiografía, *Disputas políticas e identitarias sobre el pasado: registros, mediaciones, memoria* (2023) repasé brevemente el conjunto de los catorce Encuentros bianuales y de sus modificaciones a lo largo de treinta años. Los Encuentros Internacionales como la fiesta mayor del Posgrado; los encuentros como espacios de discusión académica entre una generación que concluye y otra que inicia sus estudios de posgrado – así se han referido dos colegas, Álvaro Vázquez Mantecón y Saúl Jerónimo Romero, a este ritual bianual. Los Encuentros son, cada vez de nuevo, proyectos y proyecciones colectivas. De aquel recuento surgió la idea para este texto. Sin embargo, me enfrenté a un reto inicial claramente historiográfico: cómo presentar, sin seguir un orden cronológico, lo que una comunidad en constante transformación ha discutido y trabajado a lo largo de este tiempo; en otras palabras, sin dar la impresión de que se trata de un proceso evolutivo o, incluso, de que entre distintos tipos de temas, enfoques y propuestas historiográficas existen relaciones causales directas. Los Encuentros muestran cosas, son sintomáticos en cuanto a lo que proponen, y en ello se relacionan con seminarios y redes, con publicaciones, actividades y productos que en aquel breve recuento faltaban. Sin embargo, no serán la línea principal de este texto que, por diversas razones, tiene rasgos ensayísticos entrecortados por un formato fragmentario; es un ensayo, breve, que fui escribiendo y describiendo a partir de la constante reflexión acerca de qué quiero plantear, qué en este momento puedo, apenas, insinuar, y qué tendrá que quedar fuera. Es, por ello, un texto escrito desde una perspectiva personal que se inserta en la experiencia de un colectivo; el recuento de una experiencia

emparentada con una publicación reciente en torno a las trayectorias de este colectivo (Ronzón, 2023).

En este sentido tomé un par de decisiones iniciales: en primer lugar, escoger algunas características de la historiografía crítica que reaparecen de distinta forma a lo largo del tiempo, y de cuya complejidad los Encuentros apenas dan cuenta. Estas características, enfocadas en ciertos momentos como condiciones de posibilidad, son una especie de marcas que, al relacionarse, se constituyen en un campo de conocimiento. En segundo lugar, mostrar, hasta donde sea posible, puntos de contacto, líneas que se confirman y cuestionan, provocaciones e impulsos. Y en tercer lugar, ofrecer algunas pistas acerca de la manera en que la observación de la historiografía como disciplina (nuestra primera idea de cómo describir la historiografía) se fue transformando en la observación de un campo de conocimiento. Con ello quiero recalcar la estrecha relación entre la observación y lo observado, entre el enfoque de la acción de observar con lo que es posible ver. En otras palabras, no es que mediante la noción de historiografía se le agreguen algunos aspectos a la disciplina histórica, sino que una perspectiva distinta genera, también, un objeto distinto, uno que responde a esta mirada. En el caso de la historiografía, hablamos además de su doble potencial: es constitutiva del propio campo de conocimiento, a la vez que produce y organiza las condiciones de posibilidad para observar este mismo campo en continua transformación. En la teoría de sistemas, Luhmann se refiere a ello como autorreferencia, es decir, al hecho de que un sistema se describe a sí mismo.

Hablar de la observación historiográfica del cambiante campo de conocimiento de la historiografía y de la mirada constitutiva de este campo, permite incluir una de sus características más importantes: la historicidad de los elementos y las problemáticas que lo constituyen. Ello abarca, entre otros, la historicidad de la historiografía y de la teoría de la historiografía. Intento precisar la propuesta para este ensayo: observar el campo mediante las problemáticas que se mueven en distintas velocidades y direcciones, y que cambian su forma y su densidad, constituyen complejas redes de relaciones. Una de estas problemáticas es la propia historiografía; en sus trayectos participa en distintos debates, controversias y polémicas, reacciona ante las críticas, y adquiere mayor complejidad.

Hablar de un campo y no, por ejemplo, de un sistema al estilo de Luhmann, aun cuando algunas características de la teoría de sistemas enriquece la conceptualización de la historiografía, no es una decisión tomada para este ensayo. Representa lo que en aquel momento inicial de pensar el plan de estudios de la Maestría en Historiografía de México apenas se iba construyendo, lo que en la retrospectiva podemos ver como condiciones de posibilidad: un horizonte compartido por comunidades inmersas en las transformaciones de las ciencias sociales y las humanidades.

La propuesta de usar una noción como campo es posterior, por lo que requiere de una breve justificación: el campo al que me refiero aquí no está claramente delimitado. Los límites, tanto espaciales como temporales, conceptuales, discursivos y mediales, son porosos y permiten que entren y salgan posibles componentes de manera no siempre controlada. Aquello que en el caso de un sistema forma parte

de los entornos, para el caso del campo de la historiografía también puede estar sujeto al análisis desde la historiografía, dependiendo de los vínculos que, dada la porosidad de los límites, se pueden establecer o que, en vista de la constitución de los objetos de estudio, tengan que ver sin formar parte del propio campo. Esa es una de las razones por las cuales las ampliaciones del campo, e incluso los propios estudios historiográficos, han sido criticados como poco justificados cuando no como transgresoras de la historia como disciplina.

Quiero subrayar hasta qué grado a partir de un proyecto académico se abren espacios de discusión permanente en los que a través de controversias y diálogos se van constituyendo lo que integra este espacio: ideas, conceptos, experiencias... en una palabra: la producción, las reflexiones, las propuestas de una comunidad. Volveré, sobre todo en relación con la teoría, sobre la problemática del campo de conocimiento como espacio en construcción y observable desde sus propias condiciones que se encuentran, a su vez, en permanente construcción.

A lo largo de este breve ensayo quiero abordar apenas algunas problemáticas propias de la historiografía. Estoy consciente de que ninguno de los apartados puede ser más que un esbozo, un fragmento. Y estoy consciente de que cada uno de esos fragmentos versa, una y otra vez, en torno a las mismas problemáticas.

En primer lugar explicaré hasta qué grado la historiografía y la teoría se condicionan mutuamente, posibilitando así un campo de conocimiento en construcción. Esa construcción considera en diversos momentos y circunstancias las críticas recibidas que a veces tenían que ver con la propuesta de la noción de historiografía que usábamos, pero

también nos tocaba, de rebote, una que otra crítica a los caminos que tomaban investigaciones y formas de conocimiento como, por ejemplo, la posmodernidad. Más de un historiador vinculaba el proyecto historiográfico con la falta de certeza y el relativismo.

Otros debates giraban en torno al papel que jugaba el giro lingüístico en el análisis de los discursos sobre el pasado. Relevante en este contexto es que las críticas obligaban a precisar la manera de trabajar a partir de la noción de historiografía y mostrar su potencial para generar conocimiento sobre el pasado, a la vez que era necesario analizar críticamente las condiciones en las que se basaban estos estudios.

Un siguiente punto se relaciona con la interdisciplina y la extensión de la historiografía, casi desde sus inicios, a objetos de estudio no verbales, entre ellos lo que en general se ha llamado “otras grafías”, especialmente objetos visuales, su materialidad, y las diversas posibilidades de mediación.

Incluir la historicidad del campo de conocimiento de la historiografía de manera explícita es significativo, dada la creciente complejidad a partir de los diálogos con y entre diversas disciplinas. En este sentido, también la autoobservación y la observación de segundo grado juegan un papel cada vez más relevante.

1) Historiografía y teoría – críticas iniciales

La articulación entre historiografía y teoría forma las bases estructurales y estructurantes a partir de las que se realizan investigaciones; proporciona relaciones abiertas que son vistas y observadas desde y en función de su historicidad y de la de los objetos de estudio. Se proyecta

a través de mediaciones (escritura, discursos verbales y visuales, entre otros) que permiten diversas interpretaciones, significaciones, comunicaciones, y recepciones en distintos momentos y circunstancias.

Desde el punto de vista de una comunidad institucional específica, la vinculada con el Posgrado en Historiografía de la UAM-Azcapotzalco, una de las líneas historiográficas de tinte crítica se origina con una serie de seminarios interinstitucionales que derivaron en la Maestría en Historiografía de México, hoy Posgrado en Historiografía. Este programa de posgrado se inauguró con una propuesta que incluía tres aspectos novedosos: en primer lugar, la investigación sobre el pasado a partir de la noción de historiografía; en segundo lugar, la importancia que con el tiempo adquirió el lugar de la teoría, y en tercer lugar, el planteamiento de un posgrado primordialmente no presencial, y como tal, un programa pionero en la Universidad Autónoma Metropolitana.

En el conjunto de actividades extracurriculares (conferencias, talleres, coloquios, seminarios), los Encuentros de Historiografía que pronto se transformaron en Encuentros Internacionales, simbolizan cada dos años el cambio de generación del alumnado. Uno de sus propósitos es mostrar, a partir de problemáticas diversas, no sólo resultados de investigación de la propia comunidad y de colegas y estudiantes de otras instituciones, sino también perspectivas y trazos hacia posibles futuros de la investigación. Es así que después de la inauguración de la Maestría en 1994, se inició un intenso debate en torno a los significados de la noción de historiografía y sus alcances,

debido a una serie de debates a partir de críticas recibidas (Encuentro, 1996).¹

Esas dudas y algunas de las críticas tenían que ver, como podemos observar en retrospectiva, con comprensiones diferenciadas de la tradición disciplinaria de la historia. La noción historiografía refiere, por un lado, a textos de historia y estudios sobre el pasado histórico, realizados por historiadores, mientras que por el otro lado, se toma en consideración el giro lingüístico pensando la historiografía como conjuntos de escritura y otras representaciones en torno al pasado histórico, además de sus respectivos análisis. La distinción parece mínima, pero es justo en su sutileza que radica el doble alcance: si por un lado tenemos escritos ya realizados, por el otro pensamos en lo que puede ser posible escribir, representar y ser mediado en diversas materialidades a lo largo del tiempo. Y aunque no se trate de una simple división en dos planteo de manera esquemática lo que considero significativo: si por un lado los análisis consideran sobre todo los contenidos de textos narrativos, entendiéndolos como representaciones del pasado, por el otro tenemos el estudio de las formas de escritura, las argumentaciones, los formatos, los enfoques, los lugares sociales desde los que se está produciendo conocimiento sobre el pasado – factores todos que intervienen en la significación del pasado en cada momento de la producción de conocimiento en torno a él.

Entre algunos colegas historiadores, estas diferencias provocaron en su momento la duda fundamental si la noción de historiografía podía tener un alcance mayor que lo previsto en algunas

¹ Los Encuentros de Historiografía están enlistados en el Anexo. A lo largo del texto me referiré únicamente al año en el que se realizaron.

materias en la currícula disciplinaria: conocer lo que se ha hecho, y lo que faltaría por hacer; por ejemplo, encontrar documentos desconocidos cuya inclusión cambiaría o por lo menos actualizaría y matizaría los contenidos y por lo tanto el conocimiento sobre una temática en particular; inscribirse, a partir de ejemplos de escritos de historia, en una determinada tradición historiográfica; o bien, evaluar nuevos escritos históricos frente a los preexistentes. De un peso mayor resultaba la crítica persistente durante varios años: ¿qué tan productivo podría ser el análisis de textos, estudios sobre la narrativa y los discursos, frente al análisis de los hechos, sucesos y procesos históricos mismos sobre los que en los archivos existía información verídica con la que se podía y se debía trabajar?

Alfonso Mendiola, en ocasión de la *Jornada Historiográfica por los 30 años del Posgrado*, resume en 2024 las diferencias mediante tres posturas que existían en los años ochenta del siglo XX en la disciplina histórica. La postura cognitiva en la que el historiador daba a conocer los hechos incambiables del pasado; la postura lógica en la que se trataba de explicar la acción intencional de los hombres de otras épocas que ya no se concebían como una entidad en sí misma, una lógica analítica, finalista. Será la tercera postura la que difiere por completo de estas dos: la que pone en el centro del trabajo la escritura de la historia, es decir, la manera de cómo se escribe sobre el pasado. En México, esta postura se conoce a partir de *La escritura de la historia* (de Certeau, 1985).

Indiscutiblemente hablábamos de dos mundos diferentes, de dos tipos incompatibles de la noción de historiografía. Nuestros interlocutores parecían más cercanos a disciplinas como la teoría literaria o la nueva antropología, que a la de los propios historiadores.

Entre las pocas excepciones estaban algunos colegas de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) y la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP) así como de la Universidad Iberoamericana (UIA). Éstos últimos habían lanzado, unos meses antes del inicio de la Maestría en Historiografía de México, la revista *Historia y Grafía*, a través de la que conocimos autores que nos permitían reforzar nuestras ideas. Vale la pena recordar lo que afirma Guillermo Zermeño en la presentación del primer número de la revista: “Hace tiempo que el estudio del pasado dejó de ser un espacio exclusivo, privilegiado del historiador. Entre el historiador y el sociólogo, el archivista erudito o el hombre de letras, existe un lugar de encuentros, siempre atravesado por la temporalidad y su discursividad.” (Zermeño, 1993). Eran también los colegas de la UIA quienes se dieron a la tarea de traducir la obra de autores franceses, entre ellos la del ya mencionado Michel De Certeau, y la de Paul Ricoeur.

En este contexto nos parecía importante precisar la noción de historiografía con un adjetivo, con el fin de diferenciarla de otras: historiografía crítica. Pero mucho más importante son los efectos que eso tendría: la necesidad de ser más específicos en lo que a primera vista parecía ser simplemente una metodología de investigación distinta, pero que pronto mostraba la necesidad, la urgencia incluso, de incursionar en el campo teórico; y la necesidad y la urgencia de pensar en aspectos teóricos para los que nos faltaba, por así decir, el lenguaje que no sólo expresaba lo que estábamos planteando, sino un lenguaje común para un campo de conocimiento y una comunidad en construcción.

Este primer debate nos ocuparía durante años: la noción misma de historiografía, la historiografía crítica, la necesidad de revisar, una y

otra vez, las críticas recibidas, la intensa búsqueda de argumentos, respuestas para las preguntas y nuevas críticas (Encuentro, 2000). Y, desde luego, implicaba conocer y analizar debates que provenían de otros campos de conocimiento. Un inicio era, con todo y exploraciones teóricas en las disciplinas más cercanas, ocuparnos de la escritura en torno al pasado, de los distintos formatos, de los géneros discursivos (Encuentro, 1998). Aún no pensábamos ni en la materialidad ni en las mediaciones. Por el momento era indispensable encontrar formas de analizar textos que le otorgaban un determinado significado al pasado histórico, sin limitarnos a su autenticidad y veracidad cuando se trataba de documentos originales (es decir, de archivo), o de su objetividad cuando se trataba de trabajos académicos, profesionales, de historiadores (de “la otra” historiografía). Poco a poco, algunos de los conceptos que regían la práctica histórica empezaron a diluirse, ciertamente no por nosotros, sino por debates mucho más amplios. El concepto de objetividad es un buen ejemplo para lo anterior; desde que era cada vez más significativo el lugar de enunciación, el lugar social, la perspectiva desde la que se seleccionaban documentos, se leían e interpretaban, y se escribía historia, tiene a partir de Michel de Certeau un impacto significativo tanto para la historia como para la historiografía crítica. No era, como se temía, un asunto subjetivo o individual, sino ético: se trataba y se sigue tratando de dar cuenta del lugar social, del posicionamiento y de la perspectiva desde donde se analizan textos en torno al pasado histórico con una creciente complejidad (Fleischer, 2000; Espinoza, 2022).

No sólo se trataba de responder preguntas y dudas desde las críticas recibidas, sino esencialmente de plantear preguntas propias, preguntas desde la historiografía, para iniciar investigaciones a partir de

estas preguntas y buscar posibles respuestas. Al Encuentro que se dedicaría a esta problemática le agregamos por primera vez un Seminario Internacional con colegas de España, Brasil y Chile, entre otros países. Investigadores e investigadoras conocidos y diversas publicaciones señalaban caminos similares a los de investigaciones en historiografía crítica, y las invitaciones tenían el propósito no sólo de ampliar las perspectivas para el alumnado de la UAM, sino discutir con otras comunidades e indagar cómo se acercaban a planteamientos recientes tanto en la teoría como en la práctica; la intención era intercambiar experiencias acerca de las estrategias frente a objetos de estudio novedosos. Además de resultar enormemente enriquecedores, estos intercambios abrían la posibilidad de construir redes, seguir conversando y colaborar en proyectos comunes. A la larga resultaba en invitaciones mutuas, estancias de investigación y seminarios, y no menos importante, en convenios y movilidad del alumnado.

Surgieron discusiones en torno a las tradiciones de las llamadas historias nacionales y postnacionales, vinculados con problemas propios de la globalización. Abordamos los estrechos vínculos narrativos en las tradiciones literarias e históricas; consideramos para la historiografía lo que en la teoría literaria se llama sistema literario; la recepción, provenientes en su enfoque teórico también de la literatura, empezó a jugar un papel cada vez más significativo. La complejidad de problemáticas en torno a la memoria, la violencia, los archivos, los sitios y las políticas de memoria se discutía no solamente desde la política sino, cada vez más, desde la historiografía crítica. El campo se ensanchaba, y con ello, la manera de plantear y construir objetos de estudio interdisciplinarios. Los aprendizajes, mutuos, se extienden por mucho más allá de la disciplina de la historia; según el punto de vista podemos

asumir que la reorientan. En ello, la manera de enfocar, desde la historiografía crítica y la teoría, los objetos de estudio de un campo cada vez más amplio tiene mucho que ver. El hecho de que las condiciones políticas y sociales, el trato gubernamental con el pasado reciente, las luchas por el pasado y la memoria eran distintas en cada uno de los casos nacionales o regionales, propiciaba, hasta la fecha, las formas de abordar las relaciones identitarias frente a las diversas visiones y recepciones de nuevas construcciones en torno al pasado. Puntos en común como experiencia, memoria, condiciones político-sociales del pasado reciente y del presente, de las expectativas y exigencias ante futuros inciertos reafirma la importancia de diversos y múltiples enfoques de análisis. También de ello se aprende cada vez más acerca de cómo se construyen, a partir de objetos de estudio, documentos, objetos, archivos reestructurados, visiones sobre el pasado.

Paralelamente a estos primeros intercambios internacionales surgió la oportunidad de un proyecto de investigación con apoyo de CONACyT. *La cultura mexicana ante la fractura de los paradigmas de modernidad* (2000-2004) contó con los recursos para realizar otros talleres, seminarios y conferencias con especialistas invitados. Los trabajos realizados en el marco de este proyecto se presentaron en coloquios anuales en torno a la doble problemática: modernidad y cultura. Al interior del posgrado, las discusiones permitieron entender mejor las relaciones entre las distintas modernidades que nos llevaron indirectamente hacia discusiones sobre modernidades múltiples. Y ante las críticas recibidas nutrieron, incluso, la argumentación sobre el carácter supuestamente posmoderno, relativista del plan de estudios.

El posmodernismo desconfiaba de muchos de los conceptos clave del siglo XIX y principios del XX: se sospechaba que la objetividad, la

verdad, lo absoluto, lo esencial y el progreso eran ideológicos y, peor aún, se consideraban contaminados por el poder y propicios a la dictadura. El posmodernismo deconstruía los “grandes relatos” del cristianismo, el humanismo, el racionalismo, la razón, el comunismo, el capitalismo, el Estado (nacional), la ciencia y el significado con análisis del poder y el lenguaje para exponerlas como absurdas. El lenguaje en general: los posmodernistas lo consideraban la única conexión con la realidad, aunque lamentablemente poco fiable, que debe entenderse dependiendo de la cultura y el contexto (Rudolph, 2025).

Poco teníamos que ver con la desarticulación de los grandes relatos, y mucho con las preocupaciones que las motivaban. Hoy podemos observar una serie de inquietudes iniciales en los debates acerca de la historiografía como disciplina o subdisciplina, o bien en las controversias con quienes nos consideraban posmodernos relativistas (en un sentido peyorativo). Pasamos a repensar nuestros objetos de estudio (textos, imágenes, objetos, medios) cuyos análisis dan cuenta de un pasado (histórico), o de diversos pasados. Pasamos asimismo de la idea de una metodología que ofrecía aparente certeza, hacia aspectos teóricos que a su vez se caracterizaban por su historicidad y que por ende podía ser sometidos a un análisis historiográfico...

La noción de cultura (y el pensamiento), para volver sobre el proyecto CONACyT, necesariamente tenía que ser analizada críticamente ante la presencia de distintas líneas y enfoques: el eje de historiografía cultural propuesto no era igual a la historia de la cultura o los estudios culturales. Lo vinculábamos con lo que habíamos empezado a discutir a partir de los formatos y géneros de escritura; pero también, en el marco del proyecto, con investigaciones, por ejemplo, en torno a pintura mexicana moderna. Con más de 1000 ejemplos integramos un pequeño archivo comentado, con apoyo del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM. Esa inclusión formal de objetos

de estudios visuales en la investigación historiográfica se ampliaría a la vez que la historiografía crítica se deslindaba, en la práctica y en el enfoque teórico, de una visión más tradicional de la historia del arte. Por otra parte, las y los investigadores nacionales e internacionales de esos años nos cedían los derechos de varios de sus textos para su traducción y publicación, la mayoría en coedición con CONACyT, otros con la colaboración y en coedición con la UIA.

De allí surgen diversas líneas, todas ellas interdisciplinarias. Pero no sería sino hasta la segunda década del siglo XXI cuando, en el IX Encuentro Internacional. *Transculturación: espacios y tiempos* (Encuentro, 2013), se discutirán las relaciones entre culturas y la complejidad teórica que implican distintas denominaciones de estas relaciones cuando se pretende dar cuenta de cómo observar y analizar el desarrollo de planteamientos en torno a supuestas identidades culturales en medio de la enorme heterogeneidad, o de reconocer las características de posibles formas de convivencia (Giménez, 2017). La dinámica de estos procesos se refleja en el título del libro que surgió a partir de estos debates: *Transculturación: mutaciones y vigencia* (2017) “Lo transcultural [...] remite a la transferencia de elementos de una cultura a otra y, por lo tanto, la ‘transculturación’ aparece como modalidad de articulación en situaciones y procesos ‘interculturales’” (Sperling, 2017).

Una segunda línea se creó algunos años después, con la inclusión de debates estético-visuales en el *Seminario de Historia y Medios*, uno de los seminarios horizontales e interinstitucionales propiciados por el Posgrado en Historiografía, con un enfoque especial en torno a las mediaciones y la materialidad de objetos de estudio tanto visuales como escritos (discursivos, verbales).

Las discusiones hacia el exterior del proyecto de la historiografía crítica y los acercamientos interdisciplinarios mostraban de manera incuestionable hasta qué grado los aspectos teóricos juegan un papel constitutivo. Es en el diálogo entre historiografía crítica y teoría que se entrecruzan continuamente en el campo de conocimiento que se van configurando las condiciones de posibilidad justamente de este mismo campo.

Quizás haya sido la decisión de no proponer la enseñanza de una o varias teorías determinadas en el eje teórico del Plan de estudios, ni basarnos en métodos de investigación que “se aplicarían” a los objetos de estudio, lo que condujo a una visión diferenciada de pensar la relación entre historiografía crítica y teoría. Uno de los acercamientos a las bases teóricas consiste en el análisis de las principales categorías de la propia historicidad: tiempo y espacio, además de la escritura o, en un sentido más amplio, las formas de comunicación discursiva sobre el pasado. Los principales medios, es decir la mediación de lo observado a través de la narrativa, discursos verbales y pronto también visuales, nos lleva a observar cómo operan, en distintos momentos y formatos, estas categorías y estos medios, así como el tipo de conocimiento sobre pasado que pueden generar.

Si tomamos como pauta dos Encuentros seguidos que realizamos algunos años después, uno en torno a la imagen, el otro en torno a que “No sólo en grafías se inscribe la historia” (Encuentro, 2011), puede darse la impresión de que imagen y grafía deben estudiarse por separado. Sin embargo, ya habíamos integrado tanto grafías (entendiéndolas como escrituras) como imágenes, objetos y todo tipo de huellas al estudio de la historiografía crítica, y que las estábamos

trabajando ya en su función de objetos significantes del pasado. Igual que en la práctica encontrábamos indicios en autores del campo de la teoría. Es más, algunos de los ya consultados, como Ricoeur quien procura una síntesis entre historia conceptual e historia de la iconología, o la discusión de Gadamer (1993) en torno a la valencia (*Seinsvalenz*) de la imagen, aportaban elementos para reflexionar en torno a objetos de estudio tanto verbales como visuales: discursos, grafías e imágenes constructoras de sentido sobre el pasado.

En los entornos interdisciplinarios, eso coincide con los giros posteriores al lingüístico, como el giro espacial o el giro pictórico. A ello le agregamos, casi desde un inicio, la idea de que en ciertos momentos prevalecen determinadas visiones del mundo, formas de experiencia que se imponen a la manera (selectiva) en que se interpreta el pasado, formas que excluyen otras que, posiblemente, en otros momentos se podrán observar, ya que la posibilidad de observación permanece latente. Nos referimos a esta condición con la noción de principios dominantes, principios que rigen predominantemente la generación del conocimiento sobre el pasado y que, al transformarse, lo resignifican.

En ocasión del conversatorio de los 30 años del Posgrado en Historiografía (Jornada Historiográfica, 2024) hablé brevemente en torno al papel de la teoría, así como acerca del lugar que ocupa no sólo en algunas discusiones, sino también en los enfoques de investigación. Uno de los aspectos más importantes, ya lo decía, es la historicidad de lo teórico. Y es esta historicidad que conduce, una y otra vez, a preguntas que se plantean desde la práctica de investigación, una práctica que requiere de la cercanía con la teoría.

No se trata aquí de exponer numerosos aspectos teóricos, sino de señalar la relevancia de su historicidad y el papel estructurante que tiene en las investigaciones historiográficas. Se trata, asimismo, de reiterar hasta qué grado pensar la teoría en términos de historicidad se interpretaba en su momento como relativismo. Con el tiempo, sin embargo, esta misma historicidad de la teoría y la de su relación con la historiografía crítica ponía el énfasis en lo inestable que es el conocimiento sobre el pasado. En otras palabras, no estamos ante una falla de la perspectiva o del campo de conocimiento, sino ante la posibilidad de observar una de las condiciones de posibilidad de estudiar un tipo de conocimiento en sí inestable. La posibilidad de un conocimiento estable sobre el pasado es en todo caso momentáneo; la estabilidad radica, apenas, en la singularidad del momento de la producción de un estudio, no en el conjunto en permanente transformación.

2) Grafías y el problema de la representación

En los debates en torno a diversas grafías verbales, visuales y materiales así como huellas poco definidas que pueden dar cuenta de determinadas visiones sobre el pasado, se plantea que estas grafías en tanto objetos de estudio pueden ser sometidas a análisis historiográficos; también generan, como se observa desde una perspectiva historiográfica, conocimientos sobre el pasado. No son sólo textos, objetos y huellas pasivas que representen hechos, sucesos y procesos en el tiempo. A través de estas mediaciones representan también la dinámica del conocimiento que se producía en determinadas épocas, y las condiciones y características de estas producciones.

El concepto de representación adquiere en este contexto por lo menos dos niveles de significación: una, aplicada sobre todo a textos de historia (estamos nuevamente ante la idea cognitiva de la historia escrita) que representan de la manera más objetiva y verídica posible, el pasado; y la otra, relacionada con el tipo de conocimiento sobre el pasado que se genera a partir de determinadas condiciones de posibilidad; eso tiene como resultado que se observan objetos de estudio que representan no sólo temas, hechos, sucesos y procesos pasados, sino también, de manera a veces indirecta, el estado de conocimiento, las formas de generar conocimiento, de comunicarlo, de contribuir a su circulación. Los análisis se extienden desde estudios tal como se realizan en el presente, hacia formas practicadas en otras sociedades, en otros tiempos. La transmisión del conocimiento es parte del objeto de estudio; y es representado en y por él.

Es evidente que eso sucede también en las grafías verbales, en los textos y en su análisis. Pero me atrevo a afirmar que el doble nivel analítico descrito a partir de otras grafías se hace más consciente desde el giro lingüístico primero (la atención centrada en el texto y no en su contenido), y en los subsiguientes giros después que permitían poner la atención en imágenes, entre otros objetos. Todo texto, toda imagen, todo objeto, toda huella del pasado contiene subtextos, subimágenes... – significados ocultos sobre lo que los hizo posibles en estas precisas formas. Son, en un sentido amplio, discursivos y significantes más allá de sus contenidos temáticos evidentes.

Decía que es evidente que eso sucede también en las grafías verbales, sólo que allí, desde hace mucho tiempo, se distinguía, para reforzar los conceptos de verdad y objetividad, entre textos que remitían

a la realidad, y otros que eran ficticios, una distinción que parecería relevante sobre todo para el caso de las narrativas literaria e histórica. Rebasaría las posibilidades de este ensayo profundizar en las discusiones. Sólo mencionaré la importancia que las reflexiones teóricas en torno a la narratividad tienen, hasta la fecha, para ambas disciplinas, ya sea que decidamos movernos al interior de una de ellas, ya sea para estudios interdisciplinarios y, en su caso, historiográficos. Independientemente de las tradiciones disciplinarias, la narrativa tiene bases en común: discurso en el tiempo (Ricoeur, 1995 y 1996), estudios metahistóricos (White, 1992) o en torno al pasado práctico (White; 2018), estudios sobre el realismo como parte de la escritura histórica o como estilo literario (Pappe, 2005), o la relevancia del imaginario no sólo para la literatura o la ficción, sino también para que la narrativa histórica produzca, desde la misma escritura narrativa en el tiempo, sentido (Iser, 1993), incluso la posición acerca de la ficción como posibilidad latente de realidad o, como afirma el novelista y autor de obras de teatro Peter Dürrenmatt: “Lo posible es casi infinito, lo real estrictamente limitado, porque sólo una de todas las posibilidades puede convertirse en realidad. Lo real es sólo un caso específico de lo posible y, por lo tanto, también concebible de una manera diferente” (1985).

La selección de conectores entre tipos aparentemente diferenciados en función de las tradiciones disciplinarias de las narrativas así como de los pocos autores mencionados es arbitraria y, por lo tanto, incompleta. No pretendo sino mostrar que esta división se basa históricamente en el proceso de construir las bases para la disciplina de la historia en el marco de la academia e incluso de la ciencia. En la práctica historiográfica con el doble nivel de significado arriba mencionado, la relevancia de esta distinción parece menor aunque, de

hecho, se desplaza hacia una forma distinta de analizarla con base a su fuerza de significación del pasado.

En los primeros años del siglo XXI, en la discusiones disciplinarias se empiezan a notar algunos cambios; sólo así es posible que empezáramos a plantear en el Encuentro de 2004 no sólo cuestionamientos en torno a lo que se entiende o se puede entender por representación en relación con el pasado, sino que nos atreviéramos a introducir la relación con el imaginario como concepto relevante para la historiografía. Se inaugura una discusión acerca de qué es lo que se representa en historiografía cuando hablamos del pasado, y qué papel juega en ello el imaginario (Encuentro 2004). Son los años en los que se intensifica una vez más la discusión acerca de lo real y lo ficticio. No es casual que la noción de representación estará presente nuevamente en el título de un Encuentro en cuyo Seminario Internacional se incluye un homenaje, al trabajo de Edmundo O’Gorman, y a la importancia del concepto de invención. Porque ni imaginario ni invención tienen que ver con representaciones puramente imaginarias, ficticias del pasado. Tanto la invención como el imaginario enuncian algo significativo sobre el pasado, representan algo concreto. Y posiblemente había que hacerlo más explícito, había que hacerlo presente a partir de los análisis de una de las dos categorías fundamentales de la historiografía crítica: el espacio o la espacialidad (Encuentro, 2006).

No será el último Encuentro en el que reaparece el concepto representación, más de una década después: *Representación de la diferencia en el discurso histórico. Exclusiones, sometimientos y resistencias* (Encuentro 2019). Si las primeras veces que sometíamos a discusión lo que representaciones pueden representar (valga la redundancia) y las

vinculamos con imaginario primero, y con presencia después, ahora discutíamos en torno a la representación de diferencias para poder introducir nociones tan complejas como identidades y otredades, límites, fronteras o espacios fronterizos; o resistencia, también pero no necesariamente como acción política o social, sino como forma de escritura ante otras escrituras, como representación, justamente, de diferencia.

Otras diferencias, como las temporales que distinguen pasado-presente-futuro, han estado presentes en el pensamiento histórico tanto por el evidente paso del tiempo como en asuntos más específicos: por ejemplo, que una de las muchas condiciones de posibilidad para la observación (mediada) del pasado es que estemos conscientes hasta qué grado nuestro presente difiere del pasado. Eso, sin embargo, empieza a ser mucho más complejo en un presente como el actual en el que nos encontramos en un régimen presentista, combinado con el creciente interés de estudiar la historia inmediata o, mejor dicho, de estudiar partes de este presente con estrategias históricas. A falta de la distancia temporal que exige la disciplina, el campo de conocimiento de la historiografía crítica y de la teoría, entrecruzado con otras disciplinas, cuenta con posibilidades de distanciamiento y observación distintas, justamente porque ésta, la observación, se enfoca a textos y otros tipos de discursos. Ricoeur habla de una hermenéutica del distanciamiento (Ricoeur, 2000).

3) Mediaciones

Una de las características de las formas de acercamiento al pasado es que aquellas que no son históricas en el sentido disciplinario académico, con frecuencia se sirven de objetos y documentos culturales o bien

personales, como muestran los estudios de memoria. No se trata, en este apartado, de hablar en primer lugar de memoria, sino de cómo objetos y documentos privados tienen, por un lado, valor y significado cultural, y por el otro intervienen activamente en la mediación de estos objetos en el tiempo y, con ello, en los procesos de significación, crecientemente diversos, sobre el pasado.

La creciente relevancia de todo tipo de medios y formas de mediación muestra su valor de significación social, cultural y temporal en distintos momentos, es decir, participan de la historicidad, independientemente de su origen, y ofrecen información en torno a pasados prácticos, como diría Hayden White (2018). Asimismo se integran en perspectivas sobre el pasado en la que la materialidad y los propios medios son significativos. En el ámbito de lo teórico, la observación desde la historiografía crítica ofrece un relato adicional: el paso de los discursos visuales de la fotografía, el cine, la televisión, el grafiti, la novela gráfica, a la problematización en torno a la problematización de estos discursos como medios y, en seguida, la investigación en torno a las mediaciones y (re)significaciones correspondientes.

De un interés mayor es la complejidad que se presenta para cada uno de los medios, así como los significados latentes. Podemos detectar, entre otras líneas, dos de las más estudiadas en relación con los cambios en cuanto a los procesos de significación. Una línea es la que investiga adaptaciones y traducciones inter-mediales, como por ejemplo de textos literarios a películas, o de fotos a textos, o de relatos históricos a novelas históricas o novelas gráficas. La otra línea refiere a la capacidad latente de cada medio para significar de una determinada manera lo que sus

productores y usuarios (transmisión, interpretación, recepción) construyen como pasado o proyectan como visiones que difieren de relatos históricos hegemónicos. A partir de estas diferencias influyen en las visiones existentes proporcionando y exigiendo alternativas.

Las discusiones en torno a ello se dividen: hay quienes afirman que este tipo de conocimiento no es académico, sino esencialmente público y, sobre todo, político o ideológico, producido por grupos en luchas identitarias. Acusaciones a causa de la parcialidad de todo relato sobre el pasado van y vienen desde ambos lados – aunque hay que aclarar que al decir “ambos”, resulta evidente que no se trata de una simple oposición entre dos formas de interpretar el pasado.

Las lecturas y los estudios desde la dupla mediación e historiografía crítica remiten a uno de los enfoques recientes, recogidos también en los Encuentros Internacionales de Historiografía reciente. De la representación de diferencias ya he hablado más arriba, pero sin mencionar lo que se discute a partir de esas categorías: exclusiones, sometimientos y resistencias (2019). Esas se conectan a su vez fuertemente con las disputas políticas e identitarias sobre el pasado, en especial a través de registros, mediaciones y memorias (2023). En la teoría y las relaciones interdisciplinarias se reflexiona, de manera cada vez más intensiva, sobre los roces y entrecruzamientos de campos de conocimiento, aspectos y perspectivas sociales recientes. Este interés se puede ver como efecto de estudiar, en un régimen presentista como el nuestro, los sucesos culturales y sociales desde la historiografía crítica. Nuevamente, no estoy hablando de temas o sucesos reales, sino de las posibilidades de estudiarlos desde la historiografía, sin considerar una distancia temporal considerable. La problematización conceptual,

nuevos usos de archivos y memorias, la presencia de las luchas identitarias y de resistencias sociales, es vinculado con la creciente importancia de los medios y las mediaciones, su inmediatez y, sobre todo, sus condiciones de posibilidad de generar y transmitir conocimiento considerado como experiencia inmediata, vivida, y válida en este sentido.

Un ejemplo adicional lo proporciona la manera de darle una serie de significados especiales al año de 2021, un cúmulo de conmemoraciones tanto históricas como cívicas. Si bien en general parece que una conmemoración fija significados, ofrece también la posibilidad de reinterpretar, a la luz de las variantes en cada presente, los relatos y sus significados para una sociedad o, crecientemente, para diversos grupos identitarios que no se sienten representados por un relato que pretende fijar sus memorias. En las conmemoraciones se retoman desde luego problemáticas propias de diversas memorias sociales e identitarias, además de las que presenta la historia pública. Pero también la problemática de la importancia cívica social de las conmemoraciones públicas forma parte de las reflexiones, dada la constante reconstitución desde diversos enfoques sobre el pasado que moldean un presente cuyos significados son inestables. En este sentido, conmemoraciones no son sólo visiones y proyecciones interpretativas del pasado; tienen tintes adicionales a causa de las luchas por el pasado y sus significados, por la identidad cultural y política, luchas que se emprenden desde espacios de poder, desde grupos opositores, desde la academia, desde visiones regionales y, sobre todo, desde memorias particulares y, por lo mismo, parciales. Son luchas, finalmente, por un pasado propio cuyo sentido profundo está en la pretensión de ocupar espacios en el presente desde donde se pueden conocer, comunicar,

justificar, legitimar los pasados. Y son luchas que se llevan a cabo a través de medios, mediaciones, remediaciones.

Quiero profundizar sobre las problemáticas de los Encuentros más recientes, y volver con ello sobre algunas de las discusiones correspondientes.

El creciente número de visiones diversas sobre el pasado, insisto, no debe verse como simple oposición entre distintos grupos sociales, sino como preocupaciones de grupos que se diferencian por sus intereses, intenciones, implicaciones prácticas y políticas, sus visiones del mundo, proyecciones y formas de relacionar lo que construyen como pasado identitario con acciones del presente. Estamos ante una serie de constelaciones que pertenecen a lo que, como decía en la introducción, apenas puedo insinuar. En principio me refiero al auge vertiginoso de problemáticas sociales actuales que se deben a experiencias en el tiempo y vínculos de éstas con lo que en muchos de los discursos mayoritarios, no cuentan con fundamentos suficientemente visibles para satisfacer posibles explicaciones. En pocas palabras, estamos ante un fenómeno plural donde individuos y grupos exigen la presentación de lo ausente, de los ausentes: desde la desaparición física hasta la falta de representación, o la ausencia en los discursos a lo largo del tiempo, en especial en la escritura sobre el pasado histórico y en la participación en el presente. Eso genera presiones no solamente sobre instituciones de justicia y reparación, políticas de memoria, políticas culturales y, en general, acciones gubernamentales. Las manifestaciones y coacciones sociales interpelan también a quienes analizan, interpretan, generan conocimiento en prácticamente todos los ámbitos y, en especial, en las ciencias sociales y

las humanidades. Al compartir, además, un régimen presentista con tiempos acortados y poca perspectiva hacia un futuro certero, las demandas por cambiar las relaciones sociales y de poder son insistentes, reclaman soluciones inmediatas.

No sólo aludo aquí a un aparente distanciamiento mayor entre producción de conocimiento dentro y fuera de la academia, y activismo o militancia. Me refiero también al surgimiento de nuevos estudios especializados, estudios que también trabajan con memoria, con el pasado, con las identidades, con símbolos y con nuevas teorías. Así los estudios pos- y neocoloniales, así los estudios de género, así la archivística generada con el fin de contar con información sobre la desaparición forzada, así las problemáticas del racismo y exclusión, así las nuevas guerras religiosas.

La pregunta a la que nos enfrentamos ahora en el campo de la historiografía, ese campo descrito a través de sus transformaciones a lo largo de este breve ensayo, es si tenemos condiciones de posibilidad para responder ante las demandas recientes y su exigencia de soluciones rápidas. Me limito a una respuesta escueta, sin desarrollo, sin profundidad. La encuentro en las raíces de las primeras controversias acerca de lo que ofrece la historiografía crítica. No un conocimiento fijo, inamovible sobre hechos (del pasado), sino análisis sobre el carácter discursivo de todo aquello que da cuenta de características del pasado y les ofrece, en distintas épocas, un determinado significado. No un conocimiento lógico que evalúa intenciones y resultados en el tiempo tal como se presenta en relatos históricos cercanos a la filosofía analítica. Aportamos reflexiones, pistas, interpretaciones en torno a quiénes demandan qué, desde qué lugares sociales, mediante qué expresiones,

explicaciones, mediante qué representaciones y símbolos, mediante qué justificaciones, mediante qué tipo de acusaciones, pruebas con o sin documentos, fotografías, huellas, recuerdos. No agregaré más elementos, que sí los hay. Aportamos reflexiones, pistas e interpretaciones en torno a la historicidad de todo ello; observamos esos movimientos y sus demandas, y nos observamos a nosotros en esta tarea.

Cuarto y último fragmento

Quiero cerrar este pequeño ensayo con dos metáforas. Cuando transformamos, en la UAM-Azcapotzalco, el plan de estudios de la Maestría en Historiografía de México al Posgrado en Historiografía (2007), celebramos el ingreso de la nueva generación con un Coloquio al que le pusimos el nombre de *Cinta de Moebius*: una superficie no orientable que no cuenta con un interior y un exterior definidos, y que para nosotros significaba continuidad, entrelazamiento, reinicio y transformación... Un objeto que requiere de una observación compleja.

Los Encuentros, fiesta mayor del Posgrado y espacio de diálogo, son también un espacio reiterado de integración continua del campo de la historiografía. Los Encuentros, desde el fondo de este texto, simbolizan proyectos, coloquios, seminarios, estudiantes, egresados, colegas. 30 años llenos de reflexiones y descubrimientos.

Para finalizar retomo, al azar, la pregunta planteada sobre las expectativas ante la noción de representación: qué esperamos que represente la historiografía en su relación con el pasado, y cómo se representa eso que esperamos. La pregunta provoca otra: al enfocarnos en el “cómo se representa”, ¿no se transforma, necesariamente y de inmediato, lo representado y, con ello, el o los conocimientos en torno

al pasado y lo que ello significa para nuestros muy diversos presentes? No se puede responder de manera general; depende, en cada caso, de construcciones: de los objetos de estudio, de la manera de observarlos, abordarlos, analizarlos, y de generar conocimiento vinculado con lo que se puede saber sobre el pasado en su carácter de “ausencia con historicidad”.

Bibliografía

La bibliografía contiene tanto los textos mencionados a lo largo del ensayo como aquellos libros que derivaron de los Encuentros, sin contar los que están en prensa. Finalmente se agregaron también los libros resultados de las traducciones mencionadas en el marco del proyecto CONACyT.

- De Certeau, M. (1985). *La escritura de la historia*. Universidad Iberoamericana.
- Díaz Arciniega, V., & Sperling, C. (2017). *Transculturación: Mutaciones y vigencia*. Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.
- Dürrenmatt, P. (1985). *Justiz*. Diogenes Verlag.
- Espinoza Meléndez, P. (2022). Textos, deconstrucción, espectros, hospitalidad: Apuntes sobre Jacques Derrida y la escritura de la historia. *Historia y Grafía*, 30(59), 15-57.
- Fleischer, E. (2000). Partidismo y objetividad en el pensamiento histórico posterior a Marx. En *Debates recientes en la teoría de la historiografía alemana* (pp. 111-142). Universidad Autónoma Metropolitana – Universidad Iberoamericana.
- Gadamer, H.-G. (1993). *Verdad y método I*. Ediciones Sígueme.
- Giménez Montiel, G. (2017). Interculturación y transculturación como procesos históricos. En V. Díaz Arciniega & C. Sperling (Eds.), *Transculturación: Mutaciones y vigencia* (pp. 120-135). Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.
- Hernández Silva, H. C. (Ed. & Coord.). (2022). *Conmemorar, rememorar, investigar: Las fechas-marca cívicas e históricas a inicios del siglo XXI*. Universidad Autónoma Metropolitana.
- Iser, W. (1993). *The fictive and the imaginary: Charting literary anthropology*. Johns Hopkins University Press.
- Jerónimo Romero, S., & Valdez Vega, C. (Eds.). (1997). *Memorias Primer Encuentro de Historiografía*. Universidad Autónoma Metropolitana – Azcapotzalco.

- Jerónimo, S., Levin, D., & González, C. (Eds.). (2008). *Horizontes y códigos culturales de la historiografía*. Universidad Autónoma Metropolitana – Azcapotzalco.
- Martínez Carrizales, L., & Quirpiz Ávila, T. (Eds.). (2009). *El espacio: Presencia y representación*. Universidad Autónoma Metropolitana – Azcapotzalco.
- Mendiola, A. (2024). Conversatorio, *Jornada Historiográfica 2024*.
<https://www.youtube.com/watch?v=0a2Ken4GxSw&t=28s>
- Pinto Vallejos, J., & Luna Argudín, M. (Eds.). (2006). *Cien años de propuestas y combates: La historiografía chilena del siglo XX*. Universidad Autónoma Metropolitana – Azcapotzalco.
- Pappe, S. (2005). Perspectivas multidisciplinares de la narrativa: Una hipótesis. *Historia y Gráfica*, 24, 45-63.
- Pappe, S. (Ed.). (2004). *La modernidad en el debate de la historiografía alemana*. Universidad Autónoma Metropolitana – Azcapotzalco / CONACyT.
- Pappe, S. (Ed.), & Zermeño, G. (2000). *Debates recientes en la teoría de la historiografía alemana*. Universidad Autónoma Metropolitana – Azcapotzalco / Universidad Iberoamericana.
- Ricoeur, P. (2000). La función hermenéutica del distanciamiento. En *Del texto a la acción: Ensayos de hermenéutica II* (pp. 95-110). FCE Argentina.
- Ricoeur, P. (1995-1996). *Tiempo y narración: I. Configuración del tiempo en el relato histórico; II. Configuración del tiempo en el relato de ficción; III. El tiempo narrado*. Siglo XXI Editores.
- Rohbeck, J. (2004). *Filosofía de la historia – Historicism _ Posthistoire: Una propuesta de síntesis*. Universidad Autónoma Metropolitana – Azcapotzalco / CONACyT.
- Ronzón León, J. A., Jerónimo Romero, S., & Cortés, V. (Eds.). (1998). *Formatos, géneros y discursos: Memorias del Segundo Encuentro de Historiografía*. Universidad Autónoma Metropolitana – Azcapotzalco.
- Ronzón, J., & Jerónimo, S. (Eds.). (2002). *Reflexiones en torno a la historiografía contemporánea*. Universidad Autónoma Metropolitana – Azcapotzalco.

- Ronzón, J. (Ed.). (2023). *Historiografía: Nueve trayectorias*. Universidad Autónoma Metropolitana – Azcapotzalco.
- Rudolph, M. (2025). Nach der Postmoderne: Was gibt es Neues im 21. Jahrhundert?. *Philosophie Magazin*.
- Sperber, R., & Hüttinger, C. (2004). *Articulaciones ambiguas: Construcciones de la subjetividad en la literatura*. Universidad Autónoma Metropolitana – Azcapotzalco / CONACyT.
- Sperling, C. (2017). Introducción. En V. Díaz Arciniega & C. Sperling (Eds.), *Transculturación: Mutaciones y vigencia* (pp. 1-10). Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.
- White, H. (2018). *El Pasado Práctico*. Prometeo Libros.
- White, H. (1992). *Metahistoria: La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. FCE.
- Zermeño, G. (1993). Presentación. *Historia y Gráfica*, 1.

ANEXO: Lista de los Encuentros de Historiografía

- 1996, I Encuentro de Historiografía.
- 1998, II Encuentro de Historiografía, *Formatos, géneros y discursos*.
- 2000, III Encuentro de Historiografía y Primer Seminario Internacional *Problemas de la historiografía, respuestas de la historiografía*.
- 2001, *Coloquio internacional, Las fronteras de la historiografía*.
- 2002, IV Encuentro de Historiografía y Segundo Seminario Internacional. *Los horizontes culturales de la historiografía*
- 2004, V Encuentro de Historiografía y Tercer Seminario Internacional, *Representación e imaginarios*
- 2006, VI Encuentro de Historiografía y Cuarto Seminario Internacional, *El espacio entre presencia y representación* (con un Homenaje a Edmundo O’Gorman)
- 2007, Coloquio *Cinta de Moebius*
- 2009, VII Encuentro Internacional, *La imagen en la historiografía*
- 2011, VIII Encuentro Internacional *No sólo en gráficas se inscribe la historia*

2013, IX Encuentro Internacional de Historiografía, *Transculturación. Espacios y tiempos*

2015, X Encuentro Internacional, *Nacionalismos y globalización: procesos y conceptos en el tiempo*

2017, XI Encuentro Internacional, *Reflexiones y debates sobre desplazamientos*

2019, XII Encuentro Internacional de Historiografía, *Representación de la diferencia en el discurso histórico. Exclusiones, sometimientos y resistencias*

2021, XIII Encuentro Internacional. *La conmemoración histórica y cívica a la luz del nuevo siglo*

2023, XIV Encuentro Internacional, *Disputas políticas e identitarias sobre el pasado: registros, mediaciones, memoria.*